Muerte a la vista

"La Vanguardia" 8-nov. 1977

¿Por qué la tortura?

HAY diversas maneras de mandar a la gente a la muerte desde el poder político. Los *campos de concentración* y los de *reeducación social* son maneras vigorosas de hacer marcar el paso hacia la ruina definitiva. Tanto sirve la ideología capitalista como la comunista para justificar tortura tan mortal.

Hitler, además, equipó algunos centros concentracionarios con cámaras de gas. El médico de la SS, profesor Kremer, escribe el 2-IX-1942 en su diario:

«Esta mañana, a las tres, he asistido por primera vez a una Sonderaktion –aniquilamiento en cámara de gas–. El infierno de Dante es mera farsa comparado con esto. Muy atinadamente se llama, a Auschwitz, campo de exterminio».

En el otro lado –en el comunista–, se organizó muy pronto el terror bolchevique. Los «socialistas-revolucionarios» fueron los primeros –aparte, claro está, los zaristas– a verse deportados en campos de trabajo forzado cerca del círculo polar. Esto comenzó al disolverse la Asamblea Constituyente –19-I-1918–. A continuación fueron los anarquistas quienes padecieron esta barbarie. Llegó a liquidárseles totalmente al exterminar el movimiento dirigido por el anarquista ucraniano Makhno –agosto de 1921–. Léanse un par de libros que completan estos dos apuntes míos: *Tche-Ka* (J. Povolozky et Cie. ed.; París 1922) y *Répression de l'anarchisme en Russie soviétique* (Ed. Librairie sociale; París 1923). Estos inicios brutales, en la misma época de Lenin, se mudaron a continuación en las realizaciones escalofriantes estalinianas que todos ya conocemos.

Actualmente se sigue torturando desde las mismísimas instancias oficiales. Así lo atestigua la respetable Amnesty International, asociación que nos asegura que la tortura es harto ecléctica en materia ideológica. Las derechas no tienen el monopolio del suplicio; las izquierdas también lo practican como si nada.

Lo novedoso en el suplicio contemporáneo se halla en su *limpieza*. Los cuerpos se destrozan cada vez menos. Las técnicas para desequilibrar espíritus son tan precisas que resultan mucho más eficaces y, desde luego, menos sangrientas. Y a los políticos les gusta tener las manos limpias. Actualmente los torturadores pueden ser médicos, psiquiatras y psicólogos. La *tortura limpia* tranquiliza porque descansa sobre la tecnología. Y la técnica es un progreso de la humanidad. Se utilizan neurolépticos y también se echa mano de la castración química y de la lobulotomía; asimismo se hace uso de las técnicas psicológicas, sea siguiendo el modelo *chino* o bien según el estilo *skinneriano*. Resulta más práctico mutilar el cerebro que las ideas.

SEGUN datos de Amnesty International, de 1980, los Estados que ponen en práctica descaradamente la *tortura pulcra* son Uruguay, Argentina, URSS y Rumania. Como puede observarse, al político en el poder le cuadra tanto una ideología de derechas como una de izquierdas para matar lenta y acicaladamente a los súbditos rebeldes e indóciles. Nunca faltan razones, al que impera, para desnucar. Hitler pretendía una raza perfecta y Stalin una sociedad feliz. «A la postre, sólo la muerte gana», confesaba Stalin a De Gaulle según cuenta André Malraux en *La Corde et les souris*. Pero, a pesar de tan apabullante fracaso del que manda, el político dictador sigue imperturbable con su papel.

A la mayoría nos repugna la tortura que unos hombres ejercen sobre otros. De esta positividad, no obstante, no se deduce que la tortura sea inmoral. Ya Hume nos advirtió que es lógicamente ilegítimo pasar del *is* al *ought* o, como dicen los filósofos analíticos, no es racionalmente correcto transitar de la *descripción* a la *prescripción*. Pero, si el ser humano es algo más que un conejo, que una gallina o que un marrano –es espíritu además de psicobiología trabajada por la sociedad–, entonces y sólo entonces, torturarlo se convierte en algo indecente e injusto. Para esto, no obstante, hay que abandonar la ciencia y abrirse a la metafísica.

¿Por qué la tortura?, respondo sin ambages: porque el hombre es *naturalmente* perverso. La obra de René Girard –*La Violence et le Sacré* y *Des choses cachées depuis la fondation du monde*– me ha reforzado en mi hipótesis pesimista. En el comienzo humano se sitúa la *rivalidad mimética*, hontanar de toda violencia. Entre un *sujeto* y el *objeto* del deseo de éste, se interpone indefectiblemente el *rival* de aquél, que codicia el mismo objeto. Lo que yo deseo es precisamente el objeto del deseo del otro. Cuando el objeto acariciado es el *poder* –situación del político–, la rivalidad mimética se transforma en brutal. Cuando un sujeto se ha hecho con el poder político, tenderá fatalmente a ejercer violencia sobre su rival. En las democracias, tan espontáneas conductas quedan suavizadas e incluso hay que leerlas en su manifestación simbólica. En cambio, en el vientre de las dictaduras, la rivalidad mimética engendra violencias desveladas, desenmascaradas. La tortura, sanguinaria o pulcra, de derechas y de izquierdas, deja en sus puras carnes la inmundicia y pravedad humanas. Allí somos hombres sin disimulo y sin disfraz; es decir, sin urbanidad, sin estética, sin moral y sin religión. En el tormento, se es político por los cuatro lados.

El hombre necesita de lo suprahumano para negar sinceramente la tortura y no limitarse a negarla por *el qué dirán* o porque no queda otro remedio. La ética se añade a nuestra natural agresividad, y desde ella procuramos ser más que hombres.

Octavi FULLAT